

#FUGACESPEROETERNOS 2

Alexandra
Roma



Alexandra Roma

El día que encendimos
las estrellas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Alexandra Roma, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: julio de 2022
Depósito legal: B. 11.080-2022
ISBN: 978-84-08-26168-1
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible

CANCIÓN 1

UNA CAMARERA EN ROMA...

Verso 1

MARINA

No necesitaba cerrar los ojos para traerlo de vuelta, del mismo modo que no es necesario escuchar una canción para tararear su melodía cuando la tienes clavada en el alma.

Mi mente lo evocaba. A veces por decisión propia, de forma intencionada. Otras, simplemente sucedía de golpe y se me paralizaba el corazón. El mundo se detenía. La vista dejaba de enfocar la realidad, proyectaba su imagen y el resto de lo que me rodeaba se desvanecía.

Lo veía encima de mí desnudo en las ruinas sin techo. Las estrellas a su alrededor y la parte derecha de su cara ligeramente iluminada por las velas que Leo colocó para nosotros. Tenía el pelo desordenado, disparado en todas las direcciones, y quería apartar con los dedos el mechón que se le adhería a la frente, aunque sabía que se trataba de un gesto imposible.

Sus brazos descansaban a ambos lados de mi cuerpo, flexionados para mantener su peso a pulso y no aplastarme mientras se hundía lento, muy lento. De un modo delicioso que me llevaba a retorcerme de placer y a gemir contra su boca. Tenía las pupilas dilatadas en aquella mirada chocolate que me elevaba y mis músculos se contraían con fuerza para atraparlo y sentirlo más hondo, más profundo e intenso.

Para sentirlo más, más y más.

La peca en su mejilla me saludaba y yo podía distinguir su famoso hoyuelo en la barbilla, la marca de varicela y el pendiente de aro en la oreja. Conservaba el sabor a cereza de sus labios entreabiertos y el colgante que le había regalado Carlota caía como un péndulo en mi pecho y me provocaba cosquillas frías a su paso.

Recordaba su sonido.

Los gruñidos de placer cada vez que me embestía aumentando las revoluciones y mis jadeos roncós en respuesta, suplicándole que no parase de hacerlo nunca.

Movía las manos y era capaz de sentir el tacto de la piel de su duro trasero cuando la presionaba y le clavaba las yemas guiando su delirante movimiento. Y mi vientre reproducía la forma en que se encogía cuando su boca se cernió alrededor de mis pezones para lamerlos y tirar suavemente de ellos con deseo.

Lo oía llamarme *princesa*.

Rememoraba las gotitas de sudor salado recorriéndole el torso.

El orgasmo.

Sus caricias.

Nuestros besos.

A Noah.

Lo recordaba a *él*.

Habían pasado diez meses desde aquella primera y última vez con el amor de mi vida.

Verso 2

MARINA

—¿La trece es tuya? —dijo mi compañera Camille, y dejé de rozar las líneas finas del tatuaje del chupachups de mi muñeca.

Regresé a mi presente sin *él*.

Sacudí la cabeza para apartarlo.

Princesa...

«Adiós. Lo siento. Vuelve esta noche.»

—Sí, es mía.

—Quieren la cuenta.

—Lo siento. Me he despistado —articulé como sinónimo de «He servido una tarta de cerezas y he recordado a mi novio. Sucede a veces y duele siempre, pero no me lo notas porque soy una experta en tragármelo».

Apenas mencionaba a Noah.

Hay un tiempo para el dolor, ¿sabes? Después incomoda. Se vuelve denso. Al principio, los días inmediatos a que se fuera, la gente empatizaba, esperaba ver mi gesto de sufrimiento, casi se podría decir que de un modo un tanto morboso lo necesitaban. ¿Existe algo que atraiga más que una tragedia? Hablar de ella. «Pobrecita», «¿Has visto lo desencajada que estaba?», «Parecía que de un momento a otro se iba a desmayar».

Cuanto más hecha polvo estuvieses, mejor.

Luego existía un período intermedio en el que intentaban distraerte a toda costa para que su nombre no surgiese,

y si lo hacía, si tú lo escupías desesperada para sacar alguna de las llamas que te arrasaban por dentro, sus expresiones se compungían y te preguntaban: «¿Estás bien?», pero en su rostro leías que solo admitían un tipo de respuesta: «Sí» o «Poco a poco».

—Sí, poco a poco. —Era la más satisfactoria. Fusionarlas. Debías mentir y seguir ardiendo.

Te veías obligada.

La gente no consiente el dolor, se les atraganta.

El dolor no es bonito.

Nunca logré adivinar si actuaban así por ellos o por mí, y si era lo segundo, si creían que era lo que me convenía, se habría solucionado con una simple pregunta: «Marina, ¿tú qué quieres? Guíanos en el duelo». Pero esta nunca llegó, y la cuenta atrás en la que la pena es socialmente aceptada inició su fatídico descenso con el reloj de arena dejándose granos en el camino, silencios de mi boca que me condujeron a estar más y más callada.

La tercera fase te vaciaba de expresión por fuera y te llenaba de pensamientos y ansiedad por dentro. Era el período en el que te despedías de la comprensión por parte de los demás. Ya no era válido hablar de tus miserias, ibas por detrás de la media, te recreabas y se formaba un silencio pesado y una casi imperceptible mueca de fastidio en los demás que borrabas haciéndote la fuerte, cuando lo verdaderamente fuerte eran las sacudidas que te desestabilizaban al llegar a la cama que nunca compartías.

Nadie quiere ser una persona estancada, ¿no?

Mi interior estaba hecho pedazos.

En el exterior parecía completa.

Mi amor por Noah era un sentimiento y palabras al aire cuando le hablaba en voz alta por la noche.

—Tranquila —pronunció Camille—, todas necesitamos tomarnos un descanso antes de petar, fingir un «aparatoso accidente» y derramar el contenido de las bebidas de una

bandeja sobre los clientes maleducados y exigentes. Y dicen que en verano empeora...

Camille era mi nueva compañera en el Carlo Menta. Una estudiante de Bellas Artes parisina que llevaba solo tres semanas trabajando en el restaurante y cuyos instintos asesinos ya habían aflorado. Me caía bien. Parecía simpática.

—Empeoran. Doy fe —confirmé, y encerré con llave mis emociones detrás de las costillas.

—¿Cómo es eso posible?

—Las reseñas, el bajo precio y los platos deliciosos nos han hecho mucho daño.

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Tendremos que meter escarabajos entre la pasta para contrarrestar su efecto. ¿Qué me dices, Marina?

—Que me apunto sin que se entere Fabrizio. Yo lo distraigo.

Fabrizio era nuestro jefe y un genio de la repostería. Trabajaba para él desde que aterricé en la capital italiana en julio, y desde entonces habían pasado meses. Diez, concretamente. Agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo, abril y mayo, en el que estábamos. 16 de mayo, aunque mi mente seguía paralizada en aquel 4 de agosto, cuando recibí la llamada que sabía que llegaría y que no quería que se produjese. El mundo había perdido a Noah.

Terminé el famoso curso de cocina y continué en Trastevere. No como cocinera, sino como camarera, y me gustaba. Es increíble cómo te puedes llegar a enamorar de una ciudad, de su lengua y de la persona que eres allí, pero Roma lo había conseguido. Adoraba cada adoquín y mi ajetreado y rutinario día a día.

Adoraba en lo que me había convertido: una mujer independiente.

Siempre había cosas que hacer. Trabajar, viajes, recibir visitas, pasear...

El tiempo se me escapaba y era una sensación maravillosa.

Roma era un rayito de luz entre tanta oscuridad.

—En la trece piden la cuenta —se sumó Carlo, otro de los camareros, de origen siciliano.

—¡Voy! —Sostuve entre las manos la bandeja plateada que contenía el papel.

Camille susurró:

—Escarabajos...

Las dos reímos cómplices.

Decidido. Podríamos ser amigas. Es lo bueno que tiene estar sola en un país extranjero en el que la mayoría de las personas con las que coincides están de paso. Aprendes a aferrarte pronto a lo que te agrada y a deshacerte a la misma velocidad de lo que no te convence.

Avancé en dirección a la mesa trece.

Estaba en la terraza, bajo una de las sombrillas blancas con dos focos de romántica luz anaranjada, con un mantel de cuadros verdes y blancos repleto de migas de pan de los bordes de las pizzas que las siete amigas habían pedido.

—En la mesa trece quieren la cuenta —dijo Bianca, ejem, sí, otra de mis compañeras, a mi paso.

Tres en un corto intervalo de menos de cinco minutos. ¿Estábamos mal o qué?

Los primeros días en el Carlo Menta fueron una verdadera tortura. Al puño que apretaba mi pecho por lo que había dejado en España hubo que añadir mi inexperiencia y el desconocimiento (e infravaloración) del noble oficio de camarero. Son superpersonas. Palabra. Se merecían, nos merecíamos, una estatua a la santa paciencia en las plazas más concurridas de cada ciudad del planeta.

Aprendí con rapidez que había varias cosas que odiaba de la raza humana: la mala educación en general; que te traten como una esclava; comandas dictadas a una velocidad de vértigo imposible de seguir; llegar hasta arriba de bebidas y

que justo me pidiesen otra y, al volver con esa, otra más; y los chistidos, los silbidos y los «niña», «nena», «chavalita» y «tú» para llamarme porque el «buenos días, tardes, noches, mi nombre es Marina y voy a atenderles» como que no se les grababa en el cerebro. Pero, por encima de todo, detestaba a los clientes agonías que me habían reclamado la cuenta diez veces; esos que nunca se percataban de que estaba hasta arriba, agobiada y a punto de echarme a llorar, y que, en lugar de darme el generoso margen de un minuto para respirar y atenderlos, se la solicitaban a mis compañeros, mi jefe y el primer ministro italiano para a continuación, una vez que habían pagado, quedarse en la mesa su cuarto de hora generoso en lugar de liberarla para la gente que estaba esperando.

¡Gr...!

Camille llevaba razón. Les convendría un escarabajo negro, jugoso y gordo. Lástima que el pobre escarabajo no mereciese ese final.

Crují el cuello, desentumecí los músculos y elevé la comisura de mis labios. Recordé que me gustaba mi trabajo, aunque de vez en cuando fantasease con atragantamientos involuntarios entre la clientela... Ahora en serio, ser camarera no era lo que soñaba, era lo que tenía, y si alzaba la vista, podía ver coloridas callejuelas destilando vida y las plazas y terrazas del barrio más bonito de Roma. ¿Qué más podía pedir? Era una afortunada.

—Sesenta con ocho —anuncié a las siete chicas, y dejé la cuenta delante de la única de ellas que parecía conservar el don del habla. Ni siquiera se molestó en revisarla. Total, con el pedo de colores que gastaban podía poner que habían cenado carne de dragón a la parrilla y no tendrían argumentos para rechistarme.

—¿Datáfono? —consultó achispada demostrándome que estaba en lo cierto al suponer que se le complicaba articular una frase con su sujeto, verbo y predicado.

Lo saqué del bolsillo de mi delantal, introduje el importe que abonar y se lo tendí.

El grupo era de España, de Sevilla, por eso me lo habían asignado y, como siempre he sentido especial debilidad por el sur, les tuve ternurita y dejé de anhelar que se ahogasen. *Animalillos*, el lambrusco fresquito está bien hasta que se te sube.

Desvié la mirada mientras la clienta introducía el código y contuve el aliento hasta oír el pitido que confirmaba que el pago se había efectuado. Por lo menos recordaba su clave.

—¿Tique?

—No. ¿Me prestas un bolígrafo?

Se lo di y observé confusa como cogía la cuenta y escribía.

—Para el moreno de la barra —hipó—, el del pelo rizado.

Miré en su dirección.

—¿Fabrizio?

—Zio, sí.

Había garabateado su número de teléfono. Vaya, la urgencia no era por un mal servicio, era porque quería trajinarse a mi jefe.

—Es mi jefe.

Puso una moneda de euro en la palma de mi mano y me la cerró.

—Por las molestias —leyó mi nombre en la chapita del uniforme—, Marina. —Para «eso» sí que se esforzaban en saber cómo me llamaba.

Las dejé recogiendo sus cosas y me encaminé hacia él.

Fabrizio era mi superior directo. El hijo mediano del dueño, algo mayor que yo (no mucho). Nos llevábamos bien. Relación profesional, digo. Imagino que le gustaba mi evidente admiración por sus postres y no tanto que me colase en la cocina cuando estaba trabajando para bombardearlo a preguntas, aunque era muy considerado y respondía a todas sin perder la paciencia.

No era la primera vez que algo así sucedía. Tique, chicas

y teléfono. Fabrizio no era guapo, pero tenía ese aire tan *italiano* que volvía locas a las turistas borrachas... y a las sobrias también, para qué mentir. Pelo negro rizado, ojos azules, piel morena y elegancia.

—Para ti —pronuncié, y él apartó la vista del cuaderno de gastos que lo tenía absorbido.

—Ponla con el resto.

—No puedo. Esto... —me mordí el labio, qué embarazoso—, te han dejado un número de teléfono. Otra vez.

Arrugó el ceño y se asomó.

—¿Quién?

—La rubia de la mesa trece. Es sevillana.

—¿La que va a vomitar?

—No, bueno, sí. Llámala mañana. Si te recuerda, será buena señal. —Me encogí de hombros y pensé: «Es tu jefe, no puedes hablarle así»—. Si quieres. Las andaluzas son preciosas.

Él apartó sus ojos de la terraza y me miró durante una fracción de segundo.

—No más que las madrileñas —apuntó, y por un instante me hizo dudar. ¿Estaba intentando ligar?

«Dios, no, sería terrible.»

Volví a respirar cuando regresó a las cuentas. Falsa alarma. Bien. No estaba preparada para... No quería. El italiano no era Noah. Ningún chico lo sería jamás.

—Tacha el número y déjala con las demás. No es bueno mezclar negocios con placer —rechazó la sugerente invitación—. Y vete a casa, Marina, me consta que tu turno ha acabado hace diez minutos y eres capaz de quedarte no dos, sino tres horas de más. Lo has hecho antes.

—No me importa.

Soltó el bolígrafo, cerró el cuaderno y se cruzó de brazos justo cuando sus pupilas se clavaban en las mías. Llevaba un traje negro y una camisa blanca con el primer botón desabrochado y tenía una expresión severa que no admitía réplica.

—Debería. El trabajo se paga. De ahí que existan las horas extras que siempre coges.

—Vaya, ¿sindicalista Fabrizioo?

—Justo.

Ladeó el rostro.

—Marina... Eres insultantemente joven y vives en la ciudad más bella del mundo, ¿qué te retiene en el trabajo un sábado?

¿Qué me retenía?

—Tú también eres insultantemente joven. ¿Cuántos años tienes? ¿Veinticinco?

—Veintiséis.

—¿Ves? Insultantemente joven y prácticamente duermes aquí.

—No pretendo sonar presuntuoso, pero tú no vas a heredar este restaurante, yo es probable que sí. —Hizo una pausa—. Vete, tómate una *caipiroska alla fragola* en cualquier bar, camina, enamórate de Roma.

—Estoy enamorada de ella —confesé.

—Demuéstraselo. El cielo está despejado. Hace una magnífica noche de primavera. No la malgastes aquí encerrada.

Ese era el problema. Lo que me retenía en el Carlo Mentata. Hacía una magnífica noche, sí. Otra más en la que no llovería. La número treinta y dos sin olerlo.